

LA VOZ DE LA SANGRE DE CRISTO

Volumen 1 – Sermón No. 211

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 29 DE AGOSTO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”
Hebreos 12:24***

De todas las sustancias, la sangre es la más misteriosa y, en algunos sentidos, la más sagrada. Las Escrituras nos enseñan, y después de todo hay mucha filosofía en las Escrituras, que “la sangre es su vida”, que la vida está en la sangre. La sangre, por lo tanto, es el vínculo misterioso entre la materia y el espíritu. Cómo es que el alma debe tener en algún grado una alianza con la materia a través de la sangre, no podemos entenderlo. Pero cierto es que este es el vínculo misterioso que une estas cosas aparentemente, disímiles para que el alma pueda habitar el cuerpo, y la vida pueda descansar en la sangre. Dios ha atribuido una santidad terrible al derramamiento de sangre.

Bajo la dispensación judía, incluso la sangre de los animales se consideraba sagrada. Los judíos nunca podrían comer sangre. Era algo demasiado sagrado para convertirse en el alimento del hombre. Al judío apenas se le permitía matar su propia comida, ciertamente, no debía matarla a menos que derramara la sangre como una ofrenda sagrada al Dios Todopoderoso. La sangre fue aceptada por Dios como el símbolo de la expiación. “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión del pecado”, porque, supongo, la sangre tiene tal afinidad con la vida, que, puesto que Dios no aceptaría nada más que sangre, quiso decir que se le debe ofrecer una vida y que Su grandioso y glorioso Hijo debe entregar Su vida como sacrificio por Sus ovejas.

Ahora tenemos en nuestro texto “sangre” y se mencionan dos sangres. Tenemos la sangre de Abel asesinado y la sangre de Jesús asesinado. También tenemos dos cosas en el texto: una comparación entre la sangre rociada y la sangre de Abel. Y luego se menciona cierta condición. Más bien, si leemos todo el versículo para entender su significado, encontramos que se habla de los justos como si acudieran a la sangre rociada, que habla mejor que la sangre de Abel, de modo que la condición que constituirá la segunda parte de nuestro discurso, está llegando a esa sangre rociada para nuestra salvación y gloria.

Sin más prefacio, les presentaré de inmediato el **CONTRASTE Y LA COMPARACIÓN IMPLÍCITOS EN EL TEXTO**. “La sangre rociada, que habla mejor que la de Abel”. Confieso que me quedé muy asombrado cuando miré al Dr. Gill, Albert Barnes y varios de los comentaristas más eminentes, mientras estudiaba este pasaje, y descubrí que le dan un significado a este versículo que nunca antes se me había ocurrido. Dicen que el significado del versículo no es que la sangre de Cristo sea superior a la sangre de Abel asesinado, aunque ciertamente eso es una Verdad de Dios, sino que el sacrificio de la sangre de Cristo es mejor y habla mejor que el sacrificio que Abel ofreció.

Ahora, aunque no creo que este sea el significado del texto, y tengo mis razones para creer que la sangre aquí contrastada con la del Salvador, es la sangre del hombre asesinado Abel, sin embargo, al mirar el original hay tanto que decir en ambos lados de la pregunta que creo que es justo explicar el pasaje para darles ambos significados. No son interpretaciones contradictorias. De hecho, hay una sombra de diferencia, pero aun así equivalen a la misma idea.

Primero, entonces, podemos entender aquí una comparación entre las ofrendas que presentó Abel y las ofrendas que presentó Jesucristo cuando dio Su sangre en rescate por el rebaño.

Permítanme describir la ofrenda de Abel. No tengo ninguna duda de que Adán desde el principio de su expulsión del jardín de Edén, ofreció un sacrificio a Dios. Tenemos una vaga pista de que este sacrificio fue de una bestia, porque encontramos que el Señor Dios hizo a Adán y Eva pieles de bestias para ser su ropa, y es probable que esas pieles fueran obtenidas por la matanza de víctimas ofrecidas en sacrificio. Sin embargo, eso no es más que una vaga pista: el primer registro absoluto que tenemos de un sacrificio obligatorio, es el registro del sacrificio ofrecido por Abel. Ahora, parece que muy temprano hubo una distinción entre los hombres. Caín era el representante de la simiente de la serpiente, y Abel era el representante de la simiente de la mujer.

Abel fue el elegido de Dios y Caín fue uno de los que rechazaron al Altísimo. Sin embargo, tanto Caín como Abel se unieron en el servicio externo de Dios. Ambos trajeron en ciertos días altos un sacrificio. Caín tuvo una visión diferente del asunto del sacrificio de la que se le presentó a la mente de Abel. Caín era orgulloso y altivo, dijo: “Estoy listo para confesar que las misericordias que recibimos de la tierra son el regalo de Dios, pero no estoy listo para reconocer que soy un pecador culpable, que merece la ira de Dios, por lo tanto, dijo él, nada traeré sino el fruto de la tierra”.

“Ah, pero”, dijo Abel, “siento que, si bien debo estar agradecido por las misericordias temporales, al mismo tiempo tengo pecados que confesar, tengo iniquidades que perdonar y sé que sin derramamiento de sangre no hay remisión del pecado. Por lo tanto,” dijo él, “Oh Caín, no me contentaré con traer una ofrenda de la tierra, de las mazorcas de maíz, o de las primicias maduras. Traeré de las primicias de mi rebaño y derramaré sangre sobre el altar, porque mi fe es que ha de venir una gran Víctima que en realidad ha de hacer expiación por los pecados de los hombres y por el sacrificio de este cordero, yo expresar mi fe solemne en Él”.

No así Caín. A él no le importaba nada Cristo. No estaba dispuesto a confesar su pecado. No tuvo objeciones en presentar una ofrenda de acción de gracias, pero no traería una ofrenda por el pecado. No le importaba traer a Dios lo que pensaba que podría ser aceptable como pago por los favores recibidos, pero no le traería a Dios un reconocimiento de su culpa, o una confesión de su incapacidad para hacer expiación por ella, excepto por la sangre de un Sustituto. Caín, además, cuando vino al altar, vino completamente sin fe. Amontonó las piedras sin labrar como lo hizo Abel. Puso sus gavillas de maíz sobre el altar y allí esperó. Para él era una cuestión de relativa indiferencia si Dios lo aceptaba o no.

Creía que había un Dios, sin duda, pero no tenía fe en las promesas de ese Dios. Dios había dicho que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, ese fue el Evangelio revelado a nuestros primeros padres. Pero Caín no creía en ese Evangelio, ya fuera cierto o no, no le importaba, era suficiente para él adquirir lo suficiente para su propio sustento de la tierra. No tenía fe. Pero el santo Abel estaba al lado del altar y mientras Caín, el incrédulo, quizás se reía y se mofaba de su sacrificio, con audacia presentó allí el cordero sangrante como testimonio a todos los hombres, tanto de ese tiempo como de todos los tiempos futuros, que él creyó en la simiente de la mujer, que esperaba que viniera el que destruiría a la serpiente y restauraría las ruinas de la Caída.

¿Ves al santo Abel, de pie allí, ministrando como sacerdote en el altar de Dios? ¿Ves el rubor de alegría que inunda su rostro cuando ve los cielos abiertos y el fuego vivo de Dios descender sobre las víctimas? ¿Notas con qué expresión agradecida de fe confiada levanta al cielo sus ojos que antes estaban llenos de lágrimas y exclama: “Te doy gracias, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has aceptado mi sacrificio, por cuanto la presenté por la fe en la sangre de tu Hijo, mi Salvador, que ha de venir”?

El sacrificio de Abel, siendo el primero del que se tiene registro y siendo ofrecido frente a la oposición, tiene mucho en él que lo coloca por delante de muchos otros de los sacrificios de los judíos. Abel debe ser muy honrado por su confianza y fe en el Mesías venidero. Pero compare por un momento el sacrificio de Cristo con el sacrificio de Abel, y el sacrificio de Abel se reduce a la insignificancia.

¿Qué trajo Abel? Trajo un sacrificio que mostraba la necesidad del derramamiento de sangre, pero Cristo trajo el derramamiento de sangre mismo. Abel enseñó al mundo por su sacrificio que él buscaba una víctima, pero Cristo era la Víctima real. Abel trajo solo el tipo y la figura, el Cordero que no era más que una imagen del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, pero Cristo era ese Cordero. Él era la Sustancia de la sombra, la Realidad del tipo.

El sacrificio de Abel no tenía ningún mérito aparte de la fe en el Mesías con la que lo presentó. Pero el sacrificio de Cristo tuvo mérito por sí mismo, era en sí mismo meritorio. ¿Qué era la sangre del cordero de Abel? No era más que la sangre de un cordero común que podría haber sido derramada en cualquier parte. Excepto por la fe en Cristo, la sangre del cordero era como agua, cosa despreciable. Pero la sangre de Cristo fue en verdad un sacrificio mucho más rico que toda la sangre de las bestias que alguna vez se ofreció sobre el altar de Abel, o el altar de todos los sumos sacerdotes judíos. Podemos decir de todos los sacrificios que alguna vez se ofrecieron, por muy costosos que fueran y por muy aceptables que fueran para Dios, aunque fueran ríos de aceite y decenas de millares de animales gordos, sin embargo, eran menos que nada y abominables, en comparación con el único sacrificio que nuestro sumo sacerdote ha ofrecido una vez para siempre, por el cual ha perfeccionado eternamente a los que son santificados.

Por lo tanto, hemos encontrado que es muy fácil establecer la diferencia entre la sangre rociada de Cristo y la sangre que roció Abel. Pero ahora entiendo que hay un significado más profundo que esto, a pesar de lo que han dicho algunos comentaristas. Creo que aquí se alude a la sangre de Abel asesinado. Caín hirió a Abel y sin duda sus manos y el altar quedaron manchados con la sangre del que había actuado como sacerdote. "Ahora", dice nuestro Apóstol, "habló aquella sangre de Abel". Tenemos evidencia de que así fue, porque Dios le dijo a Caín: "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra", y el comentario del Apóstol sobre eso en otro lugar es: "Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio. que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas, y muerto, aun habla por ella", habla a través de su sangre, su sangre clamando a Dios desde la tierra.

Ahora, la sangre de Cristo también habla. ¿Cuál es la diferencia entre las dos voces? Porque se nos dice en el texto que "habla cosas mejores que la de Abel". La sangre de Abel habló de una manera triple. Habló en el Cielo. Habló a los hijos de los hombres. Habló a la conciencia de Caín. La sangre de Cristo habla de manera triple y habla cosas mejores.

Primero, la sangre de Abel habló en el Cielo. Abel era un hombre santo y todo lo que Caín podía traer contra él era que "sus propias obras eran malas y las de su hermano justas". Ves a los hermanos yendo juntos al sacrificio. Notas el ceño negro en la frente de Caín, cuando el sacrificio de Abel es aceptado mientras permanece intacto por el fuego sagrado.

Notas cómo comienzan a hablar juntos, cuán tranquilamente Abel argumenta la pregunta y cuán ferozmente Caín lo denuncia. Vuelve a notar cómo Dios le habla a Caín y le advierte del mal que sabía que estaba en su corazón. Y ven a Caín, al salir de la presencia del Altísimo, advertido, con el terrible pensamiento en su corazón de que empapará sus manos en la sangre de su hermano.

Se encuentra con su hermano. Habla amablemente con él, le da, por así decirlo, el beso de Judas. Lo atrae al campo donde está solo. Lo toma desprevenido, lo golpea y lo agrede una vez más, hasta que allí yace el cadáver asesinado y sangrante de su hermano. ¡Oh tierra! ¡Tierra! ¡Tierra! No cubras su sangre. ¡Este es el primer asesinato que has visto! La primera sangre del hombre que alguna vez manchó tu suelo. Escuchad, se oye un grito en el Cielo, los ángeles se asombran. Se levantan de sus asientos dorados y preguntan: "¿Qué es ese grito?"

Dios los mira y dice: "Es el grito de la sangre, un hombre ha sido asesinado por su compañero. Un hermano suyo que salió de las entrañas de la misma madre, ha sido asesinado a sangre fría, por malicia. Uno de mis santos ha sido asesinado y aquí viene". Y Abel entra en el Cielo rojo como la sangre, el primero de los elegidos de Dios que había entrado en el Paraíso y el primero de los hijos de Dios que había llevado la corona roja como la sangre del martirio. Y entonces se escuchó el grito, fuerte, claro y fuerte. Y así habló: "¡Venganza! ¡Venganza! ¡Venganza!" Y Dios mismo, levantándose de su trono, llamó al culpable a su presencia, lo interrogó, lo condenó de su propia boca y lo hizo en adelante un fugitivo y un vagabundo para vagar sobre la faz de la tierra, que en adelante sería estéril a su arado.

Y ahora, amados, solo contrasten con esto la sangre de Cristo. Ese es Jesucristo, el Hijo de Dios Encarnado. Cuelga de un madero, Él es asesinado por Sus propios hermanos. "Él vino a los Suyos y los Suyos no lo recibieron, sino que los Suyos lo llevaron a la muerte". Él sangra, Él muere, y entonces se escucha un grito en el Cielo. Los ángeles asombrados vuelven a levantarse de sus asientos y dicen: "¿Qué es esto? ¿Qué es este clamor que oímos?" Y el Poderoso Hacedor responde una vez más: "Es el grito de la sangre. ¡Es el clamor de la sangre de Mi Hijo unigénito y amado!" Y Dios, levantándose de Su trono, mira desde el Cielo y escucha el clamor. ¿Y cuál es el grito? No es venganza. Pero la voz clama: "¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia!" ¿Lo escuchaste? Decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Aquí, la sangre de Cristo "habla mejor que la de Abel", porque la sangre de Abel dijo: "¡Venganza!". e hizo que la espada de Dios saliera de su vaina, pero la sangre de Cristo gritó "¡Misericordia!" y devolvió la espada y le ordenó reposar para siempre.

***"La sangre tiene una voz para abrir los cielos,
'¡Venganza!' la sangre de Abel clama;***

***Pero la sangre abundante de Jesús inmolado,
Habla paz tan fuerte de cada vena."***

Notarás, también, que la sangre de Abel clamaba venganza sobre un solo hombre, sobre Caín. Se requería la muerte de un solo hombre para satisfacerla, a saber, la muerte del asesino. "¡Sangre por sangre!" El asesino debe morir la muerte. Pero, ¿qué dice la sangre de Cristo en el Cielo? ¿Habla por uno solo? Ah, no, Amado. "La dádiva ha llegado a muchos". ¡La sangre de Cristo clama misericordia! ¡misericordia! ¡misericordia! No sobre uno, sino sobre una multitud que nadie puede contar, diez mil veces diez mil.

Una vez más, la sangre de Abel clamó al Cielo por venganza, por una transgresión de Caín. Lo que Caín había hecho, sin valor y vil antes, la sangre de Abel no exigió ninguna venganza. Fue por el único pecado que la sangre clamaba en el Trono de ustedes escuchan ese grito, ese grito que todo prevalece, como ahora sube desde la cumbre del Calvario: "¡Padre, perdónalos!" No uno, sino muchos. "Padre, perdónalos". Y no sólo perdónales esta ofensa, sino también perdónales todos sus pecados y borra todas sus iniquidades. Ah, amados, podríamos haber pensado que la sangre de Cristo habría exigido venganza de las manos de Dios.

Seguramente, si Abel es vengado siete veces, entonces Cristo debe ser vengado setenta veces siete. Si la tierra no hubiera tomado la sangre de Abel hasta saciarse, seguramente habríamos pensado que la tierra nunca habría cubierto el cuerpo de Cristo, hasta que Dios hirió al mundo con fuego y espada, y desterró a todos los hombres a la destrucción. Pero ¡oh sangre preciosa! ¡No dices ni una palabra de venganza! ¡Todo lo que esta sangre clama es paz! ¡Indulto! ¡Perdón! ¡Misericordia! ¡Aceptación! Verdaderamente "habla mejores cosas que la de Abel".

Una vez más, la sangre de Abel tenía una segunda voz. Habló a todo el mundo. "Muerto, aún habla", no solo en el cielo, sino también en la tierra. Los profetas de Dios son un pueblo que habla. Hablan por sus hechos y por sus palabras mientras viven y cuando están enterrados hablan por su ejemplo que han dejado atrás. Abel nos habla por su sangre. ¿Y qué dice? Cuando Abel ofreció su víctima sobre el altar, nos dijo: "Creo en un sacrificio que ha de ser ofrecido por los pecados de los hombres", pero cuando la propia sangre de Abel fue rociada sobre el altar, pareció decir: "Aquí está la ratificación de mi fe. Sello mi testimonio con mi propia sangre. Ahora tienes la evidencia de mi sinceridad, porque estaba dispuesto a morir por la defensa de esta Verdad de Dios que ahora te testifico".

Fue una gran cosa para Abel ratificar así su testimonio con su sangre. No hubiéramos creído a los mártires con la mitad de facilidad si no hubieran estado dispuestos a morir por su profesión. El Evangelio en la antigüedad nunca se habría difundido a un ritmo tan maravilloso, si no hubiera sido porque todos los predicadores del Evangelio estaban listos en cualquier

momento para atestiguar su mensaje con su propia sangre. Pero la sangre de Cristo "habla mejor que la de Abel". La sangre de Abel ratificó su testimonio y la sangre de Cristo también ha ratificado Su testimonio.

Pero el testimonio de Cristo es mejor que el de Abel. Porque ¿qué es el testimonio de Cristo? El Pacto de Gracia, ese Pacto Eterno.

Él vino a este mundo para decirnos que Dios había elegido a Su pueblo desde el principio, que los había ordenado para vida eterna, y que había hecho un pacto con Su hijo Jesucristo de que, si Él pagaba el precio, serían libres, si Él sufriera en lugar de ellos, serían librados. Y Cristo clamó antes: "Inclinó la cabeza y entregó el espíritu", "Consumado es". El propósito del Pacto está terminado. Ese propósito era "terminar la transgresión, poner fin a los pecados y expiar la iniquidad, traer la justicia eterna". Tal fue el testimonio de nuestro Señor Jesucristo, que Su propia sangre brotó de Su corazón para ser la estampilla, y el sello de que el Pacto fue ratificado. Cuando veo morir a Abel sé que su testimonio era verdadero, pero cuando veo morir a Cristo, sé que el Pacto es verdadero:

***"Este Pacto, oh creyente,
se levanta para sofocar Tus miedos crecientes;
está firmado, sellado y ratificado,
en todas las cosas bien ordenadas.***

Cuando inclinó Su cabeza y entregó el espíritu, dijo: "Todas las cosas están aseguradas para la simiente al darme a Mí Mismo como Víctima". Ven, Santo, y mira la Alianza toda ensangrentada y sabe que es segura. Él es "el Testigo fiel y verdadero, el Príncipe de los reyes de la tierra". El primero de los mártires, mi Señor Jesús, mejor testimonio tuviste que testificar que todos ellos, porque has dado testimonio de la Alianza Eterna. Has testificado que eres el Pastor y Obispo de las almas. Tú has sido testigo de la eliminación del pecado por el sacrificio de Ti mismo. De nuevo, digo, venid, pueblo de Dios, y leed el rollo de oro. Comienza en la elección, termina en la vida eterna y todo esto la sangre de Cristo clama en vuestros oídos. Todo esto es cierto. Porque la sangre de Cristo prueba que es cierto y seguro para toda la simiente. Esta "habla mejor que la de Abel".

Ahora llegamos a la tercera voz, porque la sangre de Abel tenía un sonido triple. Habló en la conciencia de Caín, aunque estaba endurecido y como un verdadero demonio en su pecado, no estaba tan sordo en su conciencia como para no poder oír la voz de la sangre. Lo primero que la sangre de Abel le dijo a Caín fue esto: "¡Ah, desgraciado culpable al derramar la sangre de tu hermano!", mientras la veía brotar de la herida y fluir a raudales. Lo miró y cuando el sol brilló sobre él y el resplandor rojo entró en sus ojos, pareció decir: "¡Ah, maldito infeliz, porque has matado al hijo de tu propia madre, tu ira fue bastante vil, cuando tu semblante decayó, pero levantarte contra tu hermano y quitarle la vida, ¡oh! ¡Qué vil!"

Parecía decirle: "¿Qué ha hecho él para que le quites la vida? ¿En qué te había ofendido? ¿No fue su conducta intachable y su conversación pura? Si hubieras golpeado a un villano o a un ladrón, los hombres podrían no haberte culpado, pero esta sangre es sangre pura, limpia, perfecta. ¿Cómo pudiste matar a un hombre como este? Y Caín se pasó la mano por la frente y sintió que allí había un sentimiento de culpa que nunca antes había sentido. Y entonces la sangre le dijo de nuevo: "Pues, ¿adónde irás? Serás un vagabundo mientras vivas". Un escalofrío lo recorrió y dijo: "Quien me encuentre, me matará". Y aunque Dios le prometió que viviría, sin duda siempre tuvo miedo. Si veía un grupo de hombres juntos, se escondía en un matorral, o si en sus andanzas solitarias veía a un hombre a lo lejos, dio un paso atrás y trató de enterrar su cabeza, para que nadie lo observara. En la quietud de la noche se despertó en sus sueños.

No era más que su esposa la que dormía a su lado, pero creyó sentir las manos de alguien agarrando su garganta y a punto de quitarle la vida. Luego se sentaba en su cama y observaba las sombrías sombras, pensando que algún demonio lo estaba persiguiendo. Luego, cuando se levantó para ocuparse de sus asuntos, tembló. Tembló de estar solo, tembló de estar en compañía. Cuando estaba solo parecía no estar solo. El fantasma de su hermano parecía mirarlo a la cara. Y cuando estaba en compañía, temía la voz de los hombres, porque parecía pensar que todos lo maldecían y pensaba que todos sabían el crimen que había cometido, y sin duda lo sabían y todos lo evitaban.

Ningún hombre quiso tomar su mano, porque estaba roja de sangre y su propio hijo sobre sus rodillas tenía miedo de mirar a la cara de su padre, porque allí estaba la marca que Dios había puesto sobre él. Su misma esposa apenas podía hablarle, porque temía que de los labios de aquel que había sido maldecido por Dios, alguna maldición cayera sobre ella. La misma tierra lo maldijo. Tan pronto como puso su pie en el suelo donde había habido un jardín, de repente se convirtió en un desierto y el suelo rico y hermoso se endureció en una roca árida. La culpa, como un sombrío chambelán con los dedos ensangrentados, recorría la cortina de su cama todas las noches. Su crimen le negó el sueño. Hablaba en su corazón y en los muros de su memoria, reverberaba el llanto agonizante de su hermano asesinado.

Y sin duda esa sangre le dijo una cosa más a Caín. Decía: "Caín, aunque ahora puedes salvarte, no hay esperanza para ti. Eres un hombre maldito en la tierra y maldito para siempre. Dios te ha condenado aquí y te condenará en el más allá". Y así, dondequiera que fue Caín, nunca encontró esperanza. Aunque lo buscó en la cima de la montaña, no lo encontró allí. La esperanza que le quedaba a todos los hombres, le fue negada a él, un vagabundo sin esperanza, sin hogar, indefenso, vagó arriba y abajo de la superficie de la tierra. Oh, la progenie de Abel tenía una voz terrible de hecho.

Pero ahora vea el dulce cambio al escuchar la sangre de Cristo. "Habla cosas mejores que la de Abel". Amigo, ¿alguna vez has escuchado la sangre de Cristo en tu conciencia? Yo sí, y doy gracias a Dios por haber escuchado esa dulce y suave voz.

***"Una vez un pecador al borde de la desesperación;
buscó el propiciatorio por medio de la oración".***

Oró, pensó que estaba orando en vano. Las lágrimas brotaron de sus ojos, su corazón estaba pesado dentro de él. Buscó, pero no encontró misericordia. Una vez más, una y otra vez, asedió el Trono de la Gracia celestial y llamó a la puerta de la Misericordia. Oh, ¿quién puede decir la piedra de molino que yacía sobre su corazón palpitante y el hierro que devoró su alma? Era un prisionero en una dolorosa esclavitud, profunda, según pensaba, en la esclavitud de la desesperación estaba encadenado, para perecer para siempre. Ese preso un día escuchó una voz que le decía: "¡Fuera, fuera al Calvario!". Sin embargo, tembló ante la voz, porque dijo: "¿Por qué debo ir allí, porque allí se cometió mi pecado más negro? ¿Allí asesiné al Salvador por mis transgresiones? ¿Por qué debo ir a ver el cadáver asesinado de Aquel que se convirtió en mi hermano nacido para la adversidad?"

Pero la misericordia hizo señas y dijo: "¡Ven, ven, pecador!" Y el pecador siguió. Las cadenas estaban en sus piernas y en sus manos y apenas podía arrastrarse. Todavía el buitre negro Destrucción parecía flotar en el aire. Pero se deslizó lo mejor que pudo, hasta que llegó al pie de la colina del Calvario. En la cima vio una cruz, sangre destilaba de las manos, de los pies y del costado, misericordia, le tocó los oídos y dijo: "¡Escucha!" Y oyó hablar a esa sangre. Y mientras hablaba, lo primero que dijo fue: "¡Amor!". Y lo segundo que dijo fue: "¡Misericordia!" Lo tercero que dijo fue: "Perdón". Lo siguiente que dijo fue: "Aceptación". Lo siguiente que dijo fue: "Adopción". Lo siguiente que dijo fue: "Seguridad". Y lo último que susurró fue: "Cielo".

Y cuando el pecador escuchó esa voz, dijo dentro de sí mismo: "¿Y esa sangre me habla a mí?" Y el Espíritu dijo: "A vosotros, a vosotros os habla". Y escuchó y, oh, qué música le pareció a su pobre corazón atribulado, porque en un momento todas sus dudas se desvanecieron. No tenía sentido de culpa. Sabía que era vil, pero vio que toda su vileza había desaparecido. Sabía que era culpable, pero vio su culpa expiada a través de la sangre preciosa que fluía allí. Había estado lleno de pavor antes. Temía la vida, temía la muerte, pero ahora no tenía miedo en absoluto. Una gozosa confianza se apoderó de su corazón. Miró a Cristo y dijo: "Yo sé que mi Redentor vive". Apretó al Salvador en sus brazos y comenzó a cantar: "Oh, confiado estoy, porque esta bendita sangre fue derramada por mí".

Y, entonces, la desesperación huyó y la destrucción fue completamente eliminada, y en su lugar vino el brillante ángel de alas blancas de la Seguridad y ella habitó en su seno, diciéndole

siempre: "Eres acepto en el Amado. Eres elegido de Dios y precioso. Eres Su hijo ahora y serás Su elegido por toda la eternidad". "La sangre de Cristo habla mejor que la de Abel".

Y ahora debo hacerle notar que la sangre de Cristo se compara con la sangre de Abel en uno o dos aspectos, pero sobresale en todos ellos.

La sangre de Abel gritó "¡Justicia!" Era justo que la sangre fuera vengada. Abel no tenía ningún resentimiento privado contra Caín. Sin duda, si Abel lo hubiera hecho, habría perdonado a su hermano. Pero la sangre habló con justicia y sólo pidió lo que le correspondía cuando gritó: "¡Venganza! ¡Venganza! ¡Venganza!" Y la sangre de Cristo habla con justicia, cuando dice: "¡Misericordia!" Cristo tiene tanto derecho de demandar misericordia de los pecadores como la sangre de Abel tuvo de clamar venganza contra Caín. Cuando Cristo salva a un pecador, no lo salva a escondidas, ni en contra de la ley o de la justicia, sino que lo salva con justicia. Cristo tiene derecho a salvar a quien Él salvará, a tener misericordia de quien Él tenga misericordia, porque Él puede hacerlo con justicia, Él puede ser justo y, sin embargo, ser el Justificador de los impíos.

Una vez más, la sangre de Abel clamó con eficacia. No clamó en vano. Dijo: "Venganza", y la venganza la tuvo. Y la sangre de Cristo, bendito sea su nombre, nunca clama en vano. Dice: "Perdón", y el perdón tendrá todo Creyente. Dice, "Aceptación", y todo penitente es aceptado en el Amado. Si esa sangre clama por mí, sé que no puede clamar en vano. Que toda la sangre de Cristo que prevalece nunca perderá su merecido. Debe, debe ser escuchado. ¿La sangre de Abel sobresaltará al Cielo y la sangre de Cristo no llegará a los oídos del Señor Dios de los ejércitos?

Y de nuevo, la sangre de Abel clama continuamente, está el propiciatorio y allí está la Cruz, y la sangre está cayendo sobre el propiciatorio. He pecado un pecado. Cristo dice: "Padre, perdónalo". Hay una gota. Vuelvo a pecar, Cristo intercede de nuevo. Hay otra gota. De hecho, es la gota que intercede, Cristo no necesita hablar con Su boca. Las gotas de sangre que caen sobre el propiciatorio parecen decir: "¡Perdónalo! ¡Perdónalo! ¡Perdónalo!"

Querido amigo, cuando escuches la voz de la conciencia, detente y trata de escuchar también la voz de la sangre. Oh, qué cosa tan preciosa es escuchar la voz de la sangre de Cristo. Tú que no sabes lo que eso significa, no conoces la esencia misma y la alegría de la vida. Pero ustedes, que entienden eso, pueden decir: "El goteo de la sangre es como la música del Cielo sobre la tierra". ¡Pobre pecador! Les pediría que vinieran a escuchar esa voz que hoy destila sobre sus oídos y su corazón. Estás lleno de pecado. El Salvador les pide que levanten sus ojos hacia Él. Mira, allí, Su sangre fluye de Su cabeza, Sus manos, Sus pies y cada gota que cae, todavía clama: "¡Padre, perdónalos! Padre, perdónalos".

Y cada gota parece clamar también al caer: "Consumado es, he puesto fin al pecado, he traído la justicia eterna". ¡Vaya! ¡Dulce, dulce lenguaje del goteo de la sangre de Cristo! "Habla cosas mejores que la de Abel".

2. Habiendo así, confío, ampliado suficientemente este tema, ahora terminaré dirigiéndome a ustedes con unas pocas palabras serias sobre el segundo punto: La **CONDICIÓN A LA CUAL TODO CRISTIANO ES LLEVADO**. Se dice que "viene a la sangre rociada". Haré de este un asunto muy breve, pero muy solemne y directo. Mis lectores, ¿han venido a la sangre de Cristo? No te pregunto si has llegado al conocimiento de la doctrina, o de la observancia de las ceremonias, o de cierta forma de experiencia. Pero te pregunto si has venido a la sangre de Cristo. Si es así, sé cómo llegaste. Debes venir a la sangre de Cristo sin méritos propios. Culpable, perdido e indefenso, debes acudir a esa sangre ya esa sangre, solo, por tus esperanzas. Llegas a la Cruz de Cristo y a esa sangre también, lo sé, con un corazón tembloroso y dolorido.

Algunos de ustedes recuerdan cómo llegaron por primera vez: abatidos y llenos de desesperación, pero esa sangre te restauró. Y una cosa sé: si has venido a esa sangre una vez, vendrás a ella todos los días. Tu vida será simplemente esto: "Mirar a Jesús". Y toda su conducta se resumirá en esto: "A quien viniendo como a una piedra viva". No a quien he venido, sino a quien vengo siempre. Si alguna vez has acudido a la sangre de Cristo, sentirás la necesidad de acudir a ella todos los días. El que no desea lavarse en esa fuente todos los días nunca se ha lavado en ella. Siento que todos los días es mi alegría y mi privilegio que todavía haya una fuente abierta. Confío en que vine a Cristo hace años, pero ah, no podría confiar en eso a menos que pudiera volver hoy. Las experiencias pasadas son cosas dudosas para un cristiano. Es la venida presente a Cristo la que debe darnos alegría y consuelo. ¿No cantaron algunos de ustedes hace veinte años ese himno?

***"Mi fe pone su mano
sobre esa amada cabeza tuya
mientras me paro como un penitente,
y allí confieso mi pecado"?***

Pues, Amado, puedes cantarla tan bien hoy como entonces. Estaba leyendo el otro día un libro, en el que el autor afirma que no debemos venir a Cristo como pecadores mientras vivamos. Él dice que debemos llegar a ser santos. Ah, no sabía mucho, estoy seguro. Porque los santos son pecadores, todavía, y siempre tienen que venir a Cristo como pecadores. Si alguna vez subo al Trono de Dios como un santo, recibo rechazo, pero cuando me voy como un pecador pobre, humilde y buscador, confiando únicamente en Tu sangre, oh Jesús, nunca puedo ser rechazado, estoy seguro. A quien acudiendo como a "sangre que habla mejor que la de Abel". Que esta sea nuestra experiencia todos los días.

Pero hay algunos aquí que confiesan que nunca vinieron. No puedo exhortarlos, entonces, a que vengan todos los días, pero los exhorto a que vengan ahora por primera vez. Pero dices: "¿Puedo ir?" Sí, si deseas venir, puedes venir. Si sientes que tienes necesidad de venir, puedes venir,

***"Toda la aptitud que Él requiere,
Es sentir tu necesidad de Él."***

E incluso,

***"Esto os lo da Él,
es el rayo ascendente de Su Espíritu".***

Pero dices: "Debo traer algunos méritos". ¡Escuchad la sangre que habla! Dice: "Pecador, estoy lleno de méritos, ¿por qué traes tus méritos aquí?" "Ah, pero", dices, "tengo demasiado pecado". Escuchen la sangre, mientras cae, clama: "De muchas ofensas para justificación de vida". "Ah, pero", dices, "sé que soy demasiado culpable". ¡Escucha la sangre! "Aunque vuestros pecados sean como la grana, como lana los pondré, aunque sean rojos como el carmesí, serán más blancos que la nieve". "No", dice uno, "pero tengo tan pocas ganas, tengo tan poca fe". ¡Escucha la sangre! "La caña cascada no quebraré y el pabilo que humea no apagaré".

"No, pero", dices, "sé que Él me echará fuera, si llego". ¡Escucha la sangre! "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí y al que a mí viene, no lo echo fuera". "No, pero", dices, "sé que tengo tantos pecados que no puedo ser perdonado". Ahora, escucho la sangre una vez más y he terminado. "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado". Ese es el testimonio de la sangre y su testimonio para ti. "Tres son los que dan testimonio en la tierra, el Espíritu y el agua y la sangre". Y he aquí, el testimonio de la sangre es: "La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado". Ven, pobre pecador, lázate simplemente sobre esa Verdad de Dios. ¡Fuera vuestras buenas obras y toda vuestra confianza! Descansa simplemente sobre esa dulce palabra de Cristo, confía en Su sangre. Y si puedes poner tu confianza solo en Jesús, en Su sangre rociada, esta hablará mejor en nuestra conciencia que la de Abel.

Me temo que hay muchos que no saben lo que queremos decir con creer. El buen Dr. Chalmers, una vez que visitó a una anciana pobre, le dijo que creyera en Cristo y ella dijo: "Pero eso es justo lo que no sé a qué te refieres". Así que el Dr. Chalmers dijo: "Confía en Cristo". Ahora, ese es sólo el significado de creer. Confía en Él con tu alma, confía a Él tus pecados, confía en Él el futuro, confía en Él el pasado, confía en Él todo. Di,

***“Un gusano culpable, débil y sin valor,
en los brazos bondadosos de Cristo caigo
sé Tú mi fuerza y mi justicia,
mi Jesús y mi todo.”***

Que el Señor te dé ahora su bendición, por el amor de Jesucristo. Amén.

EstudiaLaPalabra.org